

Revisitando las visiones occidentales sobre la guerra en Ucrania (2022). *Principales teorías, enfoques y actores*

*Revisiting occidental views about the war in Ukraine (2022).
Main theories, approaches and actors*

Por Anabella Busso* y Maximiliano Barreto**

Fecha de Recepción: 01 de junio de 2022.

Fecha de Aceptación: 13 de septiembre de 2022.

RESUMEN

Tras meses de tensiones crecientes entre Rusia y Ucrania, el 24 de febrero de 2022 Vladimir Putin anunció el inicio de una “operación militar especial”. Independientemente de las argumentaciones rusas, el avance del escenario de guerra dejó en claro que Ucrania fue invadida militarmente, se reportan ataques sobre la población civil, se invoca un alto nivel de violaciones a los derechos humanos, la migración hacia países vecinos alcanzó en mayo de 2022 los 6 millones de personas y las pérdidas materiales son inconmensurables. Frente a este escenario, se produjo un intenso debate entre las corrientes teóricas del *mainstream* de

las Relaciones Internacionales sobre las causas de la guerra, se evidenciaron tensiones entre el discurso y las acciones de algunos Estados y organismos internacionales y se hizo patente la escasez de información. Este último punto involucró la denunciada parcialidad de la información proveniente de Rusia, la supresión total de esa información fomentada por los Estados Unidos y Europa y canalizada por los medios de comunicación y la clásica problemática de las fuentes que involucra a los análisis de coyuntura, donde los investigadores cuentan con un acceso limitado a los datos en un proceso que aún no ha finalizado. Dado lo dicho, este artículo de investigación propone

* Master en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede Argentina. Licenciada en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Rosario. Investigadora Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Correo electrónico: anabella.busso@fcpolit.unr.edu.ar

** Licenciado en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional de Rosario. Profesor en la Pontificia Universidad Católica Argentina y en la Universidad Nacional de Rosario. Correo electrónico: maximilianobarreto@uca.edu.ar

sistematizar y confrontar de manera preliminar las afirmaciones del debate teórico (dato disciplinar que se dispone fehacientemente por cuanto las teorías han sido previamente escritas) y las acciones políticas de los actores occidentales (datos empíricos disponibles al momento de la elaboración del trabajo). En función de lo planteado, a través de una estrategia metodológica cualitativa, se recurre a fuentes primarias y secundarias incluyendo –debido a la actualidad del tema– conferencias y discursos disponibles en medios electrónicos. El texto se organiza de la siguiente manera: primero, se aborda el debate teórico sobre las causas de la guerra, posteriormente se repasan las posturas y acciones de los actores occidentales que sustentan o desacreditan la hipótesis de guerra provocada y, finalmente, se avanza en algunas reflexiones finales.

Palabras clave: *Estados Unidos, Teorías, Occidente, Rusia, Ucrania.*

ABSTRACT

After months of growing tensions between Russia and Ukraine, on February 24, 2022, Vladimir Putin announced the start of a "special military operation". Regardless of the Russian arguments, the progress of the war scenario proved that Ukraine was militarily invaded; attacks on the civilian population were reported; a high level of human rights violations were invoked; 6 million people were forced to migrate to neighboring countries in May 2022, and the material losses are immeasurable. In this scenario, an intense debate on the causes of the war started between the several mainstream International Relations theories; tensions between the discourse and the actions of some states and international organizations were shown, and the scarcity of information proved to be the rule. The latter involved not only the complaint about the partiality of the information coming from Russia, but also the total suppression of that information promoted in the US, Europe and

the mass media and the classic problem of the sources given that researchers have limited access to data in a process that has not yet been finalized. Given that, this article proposes to systematize and confront, in a preliminary way, the affirmations of the theoretical debate (disciplinary data that is reliably available because the theories have been previously written) and the political actions of Western actors (empirical data available at the time of writing this article). Based on the above stated and through a qualitative methodological approach, primary and secondary sources are used, including – due to the current relevance of the subject– conferences and speeches available in electronic media. This article is organized as follows: the first section addresses the theoretical debate on the causes of war, the second section reviews the positions and actions of Western actors that support or discredit the hypothesis of provoked war and, in the last section, final thoughts are presented.

Keywords: *United States, Theories, The West, Russia, Ukraine.*

Introducción

Tras meses de tensiones crecientes entre Rusia y Ucrania y dos días después de que Vladimir Putin hubiese reconocido la independencia de las regiones fronterizas de Luhansk y Donetsk, ambas con vocación separatista y una posición favorable a la alianza con Moscú, el 24 de febrero de 2022 anunció el inicio de una "operación militar especial". Los objetivos que justificaban la operación fueron presentados en sucesivos discursos por las autoridades rusas: la protección de las personas intimidadas y sometidas al genocidio por parte del gobierno de Kiev durante ocho años en la región del Donbás; la necesidad de "desnazificar" Ucrania; las pretensiones de Kiev de sumar al país a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y el riesgo que ello implicaría para la seguridad nacional rusa, aparecieron entre las más destacadas. Además, desde un punto

de vista histórico el gobierno ruso argumentó que la acción militar era contra el gobierno de Volodímir Zelenski y no contra los civiles, en tanto ucranianos y rusos eran parte de un mismo pueblo.

Independientemente de estas argumentaciones, el avance del escenario de guerra deja en claro que Ucrania fue invadida militarmente y, por lo tanto, su soberanía, independencia e integridad territorial fueron violadas. La población civil sufre recurrentes ataques, se invoca un alto nivel de violaciones a los derechos humanos, la migración hacia países vecinos alcanzó en mayo de 2022 las 6 millones de personas, mientras que las pérdidas materiales son incommensurables. La guerra como mecanismo para abordar la conflictividad –tanto entre Estados como al interior de los Estados– es siempre la opción más cruel y, desde la perspectiva del Derecho Internacional Público (DIP), es el escenario donde se violan las normas internacionales incluyendo tantos actos ilegales como ilegítimos. Sin dudas, en este momento del desarrollo de los acontecimientos, la peor parte la sufre el pueblo ucraniano, mientras que las consecuencias económicas de la guerra se extienden a nivel global.

Siempre es bueno y necesario que los internacionalistas breguen por el deber ser, aunque muchas veces el reclamo caiga en el vacío. En este sentido, la oposición y la crítica a la guerra desatada por Rusia son válidas. Sin embargo, sabemos que las guerras existen y cuando estas están en desarrollo es necesario que desde la academia se planteen –entre otras– preguntas sobre cuáles serían los pasos necesarios para alcanzar la paz, qué actores están involucrados directa e indirectamente, si existen actores poderosos con discursos que reclaman la paz y acciones que van en sentido contrario y si constan motivos para pensar en una guerra provocada, al menos parcialmente.

En este artículo de investigación pretendemos sistematizar de manera preliminar algunas posturas teóricas y acciones políticas de

los actores occidentales que giran en torno a estas preguntas. La elección de concentrar el análisis en las teorías y actores occidentales (los Estados Unidos, la Unión Europea, la OTAN) se basa en múltiples razones: el intenso debate existente entre corrientes teóricas del *mainstream* sobre las causas de la guerra; las tensiones entre el discurso y las acciones de algunos Estados y organismos internacionales y la escasez de información fidedigna sobre el escenario de guerra. Este último punto no sólo involucra la denunciada parcialidad de la información proveniente de Rusia, sino la supresión total de esa información fomentada por los Estados Unidos y Europa y canalizada por los medios de comunicación, así como la clásica problemática de las fuentes que caracteriza a un análisis de coyuntura, donde los investigadores cuentan con un acceso limitado a los datos en un proceso que aún no ha finalizado. En este sentido, el texto propone contrastar las afirmaciones del debate teórico (dato disciplinar que se dispone fehacientemente por cuanto las teorías han sido previamente escritas) con los datos empíricos que, al momento de la elaboración del trabajo, estén disponibles.

Finalmente, otra razón para justificar el enfoque seleccionado en este artículo es que, en los Estados Unidos, y por extensión en la OTAN y en algunos países europeos, también se discutió –y a nuestro entender se discute cada vez más– sobre estas cuestiones. Como afirma Robert Kagan (2022: 10):

Durante años, los analistas han debatido si los Estados Unidos incitó al presidente ruso Vladimir Putin a intervenir en Ucrania y otros países vecinos o si las acciones de Moscú fueron simplemente agresiones no provocadas. Esa conversación ha sido silenciada temporalmente por los horrores de la invasión a gran escala de Ucrania por parte de Rusia (...), la invasión de Putin ha suspendido la versión 2022 de la interminable discusión de los estadounidenses sobre su propósito en el mundo (...) Eso es

lamentable. Aunque es obsceno culpar a los Estados Unidos por el ataque inhumano de Putin a Ucrania, insistir en que la invasión fue totalmente no provocada es engañoso (Kagan, 2022: 10).

En función de lo planteado anteriormente, primero abordaremos el debate teórico sobre las causas de la guerra, posteriormente haremos un repaso sobre las posturas y acciones de los actores occidentales que sustentan o desacreditan la hipótesis de guerra provocada y, finalmente, avanzaremos algunas reflexiones finales. Debido a la actualidad del tema, además de la consulta de bibliografía especializada y documentos, también recurrimos a conferencias y discursos a los cuales accedemos a través de medios electrónicos. El abordaje de estas fuentes sigue una estrategia metodológica cualitativa.

Las teorías y sus interpretaciones sobre las causas de la guerra

Las teorías de Relaciones Internacionales (RRII), al menos algunas de ellas, están participando activamente del debate sobre las causas de la guerra. En líneas generales, podríamos afirmar que existen dos grupos. Por una parte, encontramos a un conjunto de pensadores realistas que recurren a los análisis tanto del Realismo Clásico como al Realismo Ofensivo y ponen el acento en las acciones externas de Occidente (los Estados Unidos y Europa) y las sucesivas ampliaciones de la OTAN frente a Rusia en el escenario posterior a la implosión de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) como una de las principales causas de la guerra. Por la otra, se aglutinan teorías de muy diferente origen (neoconservadoras, poscoloniales, institucionalistas, jurídicistas) que desconocen total o parcialmente a la ampliación de la OTAN como causa y consideran que estas radican en las tensiones poscoloniales de distinto cuño que se generaron con la implosión de la URSS. Como suele ocurrir en

una disciplina multi-paradigmática como las RRII, ambas visiones aportan luz sobre diferentes dimensiones del proceso que conllevó al estallido de la guerra.

a- Los autores realistas

Entre los autores realistas más citados en los análisis académicos y periodísticos sobre la guerra en Ucrania aparecen George Kennan y Henry Kissinger por el Realismo Clásico y John Mearsheimer por el Realismo Ofensivo.

Kennan, como padre de la Teoría de la Contención en los años de la Guerra Fría y un gran conocedor de la historia y la conducta rusa, destacó en 1947, que la política exterior de los Estados Unidos debía ser "la contención a largo plazo, paciente pero firme y vigilante de las tendencias expansivas rusas" (Kennan, 1990a [1947]: 575). Dicho en otras palabras, para Kennan ni el sueño de incorporar a la URSS al orden internacional liberal de la segunda posguerra ni una futura guerra que pudiese declarar los Estados Unidos contra Moscú facilitarían mudanzas ideológicas en ese país. Desde su perspectiva, la posibilidad de cambio del sistema político comunista en la URSS devendría de la evolución doméstica y el mismo llegaría por deterioro o por implosión cuando se produjese el arribo al poder de una generación que no haya participado de la revolución o de los primeros años de la instalación del comunismo. No se equivocó. Así aconteció con la llegada de Mijaíl Gorbachov y los sucesos acontecidos entre 1985 y 1991.

Según Busso (2008), en el marco de la intensificación de la Guerra Fría debido al estallido de la guerra de Corea en 1950, pocos pensadores políticos trataron de examinar la clase de URSS que podría emerger de una guerra general o de un régimen comunista destituido. Kennan, una vez más, participó del análisis y mostró su preocupación con las soluciones militares que se estaban proponiendo para manejar las cuestiones externas con Moscú en un artículo titulado *America and*

the Russia Future que *Foreign Affairs* publicó en 1951. Su punto de partida fue que Rusia existía antes de la revolución bolchevique y que en ella no se registraban tradiciones liberales, motivo por el cual no se debían generar expectativas sobre una rápida evolución de Rusia hacia la democracia en el momento en que el poder soviético se deteriorara o surgieran nuevos líderes. Por otra parte, aconsejaba a quienes estuviesen a cargo de la política exterior estadounidense sobre la necesidad de no intentar imponer en Rusia las mismas instituciones que en Occidente, que era lógico que se tuviera una preocupación sobre la situación política en un escenario post revolucionario, pero que ello no incluía al sistema político en sí mismo ya que alcanzaba con que estuvieran garantizados los límites después de los cuales aparecía el autoritarismo. “Denle tiempo, permítanle ser rusos, permítanle abordar los problemas internos a su manera. La forma en que la gente avanza hacia la dignidad e ilustración sobre el gobierno son cuestiones que constituyen la profundidad y lo más íntimo del proceso de vida nacional. No hay nada menos comprensible para los extranjeros, nada que la interferencia extranjera pueda hacer peor”¹ (Kennan, 1990b [1951]: 160).

Según el relato recogido en un artículo de Thomas Friedman (2022), el 2 de mayo de 1998, después que el Senado estadounidense ratificara la expansión de la OTAN, William Perry, el Secretario de Defensa de Bill Clinton –y quizás el único funcionario preocupado por la decisión que se había tomado– llamó personalmente a Kennan. Perry, consideraba

que Kennan era indiscutidamente el mayor experto norteamericano en cuestiones rusas.

En palabras del propio Perry: “(A)unque ya tenía 94 años y se le quebraba la voz, Kennan conservaba la agudeza mental y lo demostró en su respuesta sobre la expansión de la OTAN. Esto me respondió textualmente Kennan en 1998:

Pienso que es el inicio de una nueva Guerra Fría. Creo que los rusos reaccionarán de a poco pero con creciente hostilidad, y que esto afectará su política. Creo que la ampliación de la OTAN es un error trágico. No había la menor razón para hacerlo. Ya nadie era amenaza para nadie. Esta expansión haría que los padres fundadores de este país se revuelquen en sus tumbas (...). Nos hemos comprometido a proteger a un montón de países sin tener ni los recursos ni la intención de hacerlo seriamente. La expansión de la OTAN la decidió muy alegremente el Senado, que no tiene el menor interés en la política exterior. Lo que más me molestó fue la superficialidad del debate y lo mal informados que estaban los senadores. Me indignó que se hablara de Rusia como un país que se moría de ganas de invadir Europa Occidental (...). ¿No entienden esta gente? Nuestras diferencias en la Guerra Fría eran con el régimen comunista soviético. Y ahora le estamos dando la espalda a las mismas personas que organizaron la mayor revolución sin sangre de la historia para derrocar precisamente al régimen soviético. Para colmo, en Rusia la democracia está tan avanzada, o incluso más, que en cualquiera de esos países que nos hemos comprometido a defender, justamente, de Rusia. No cabe duda de que Rusia va a reaccionar mal, y después los expansionistas saldrán a decir que los rusos son así, que ellos ya lo sabían, pero es todo una equivocación (Kennan, citado por Friedman, 2022).

Nuevamente, Kennan no se equivocó. Es exactamente lo que sucedió.

Los análisis de Kissinger, aunque más contemporáneos, coinciden con las percepciones

1 La reedición del artículo estuvo ligada a la capacidad de predicción de este sobre que acontecería en la URSS en el momento en que se produjeran cambios en la naturaleza del poder soviético. La versión original data, tal como se señala más arriba, de 1951.

de Kennan sobre los riesgos de ampliar la OTAN. Siempre están presentes en sus consideraciones la noción de balance de poder entre los Estados más poderosos y la atención de las zonas de influencia devenidas no sólo del poder acumulado, sino también de razones históricas.

Según un conjunto de conferencias pronunciadas entre 2001 y 2018 en importantes instituciones estadounidenses, Kissinger pasó casi dos décadas alertando los inconvenientes de incluir a Ucrania en la OTAN. En 2001, en la Biblioteca Richard Nixon, sostuvo que la expansión de la OTAN hacia las ex repúblicas soviéticas sería uno de los principales problemas del próximo año; en 2008 en la *Hoover Institution*, comentó que él se había opuesto a aceptar a Ucrania y a Georgia dentro de la OTAN porque entendía que la posición de Ucrania es muy sensible para Rusia ya que gran parte de la historia rusa está ligada a ella. En la Universidad de Harvard, en 2012, sostuvo que los Estados Unidos podía tratar con Rusia problemas como el mundo islámico, a pesar de lo que estaba pasando en Siria, sobre una base algo cooperativa, pero subrayó que evitaría la tentación de interferir en las políticas domésticas de Rusia en el grado en que a veces su país ha estado tentado de hacer. En 2014, publicó un artículo en el *Washington Post* destacando que Occidente debe entender que para Rusia Ucrania nunca podrá ser simplemente un país extranjero, que la historia rusa comenzó en lo que se llamó la Rus de Kiev y que la religión rusa se extendió desde allí. Además, advirtió que Ucrania no debería unirse a la OTAN. En 2015, exponiendo en un ciclo de Charlas en *Google*, argumentó que si la frontera este de la OTAN se establecía en la frontera este de Ucrania entonces estará a tan sólo 200 millas de Stalingrado y a tan sólo 300 millas de Moscú, y eso, dada la experiencia histórica de Rusia, es difícil de aceptar. Por ello, su idea era que Ucrania debería ser tratada como Austria o Finlandia, y no como par-

te de un sistema estratégico. En 2018 ante el Congreso de los Estados Unidos sostuvo que, para Rusia, Ucrania ha sido históricamente parte de su territorio –al menos durante 400 años– y, por otro lado, ese país también está ligado en muchos aspectos con Europa. Así que él entendía, a pesar de ser la suya una opinión minoritaria, que era imprudente tratar de incluir a Ucrania en la OTAN².

Culminando estos análisis, el 23 de mayo de 2022, en el Foro de Davos, Kissinger reiteró su postura. Expresó que Ucrania debería ceder territorio a Rusia para ayudar a poner fin a la invasión, instó a los Estados Unidos y Occidente a no buscar una derrota vergonzosa para Rusia en Ucrania, advirtiendo que podría empeorar la estabilidad a largo plazo de Europa. Sostuvo que los países occidentales deberían recordar la importancia de Rusia para Europa y no dejarse llevar “por el estado de ánimo del momento”. Finalmente, subrayó que para avanzar en la pacificación las negociaciones deben comenzar en los próximos dos meses antes de que se generen trastornos y tensiones que no se superarán fácilmente. Idealmente, la línea divisoria debería ser un regreso al *statu quo ante*. Continuar la guerra más allá de ese punto no se trataría de la libertad de Ucrania, sino de una nueva guerra contra la propia Rusia (Bella, 2022).

John Mearsheimer es, por mucho, el autor más criticado en su propio país por sus argumentos sobre las causas de la guerra de Rusia contra Ucrania. Cuando el 28 de febrero de 2022, el Ministerio de Asuntos Exteriores ruso “tuiteó” su apoyo a la opinión de Mearsheimer, las reacciones no se hicieron esperar. Una de las más notorias es la de Anne Applebaum, historiadora y defensora del liberalismo postsoviético de Europa del este. “Ahí está”, afirmó Applebaum, con referencia al “tuit” del Mi-

2 El video completo puede verse en: <https://www.facebook.com/watch/?v=680961543047360>

nisterio de Asuntos Exteriores: “me pregunto ahora si los rusos no sacaron realmente lo que cuentan de Mearsheimer y compañía. A Moscú le hacía falta decir que Occidente era responsable de las invasiones rusas (Chechenia, Georgia, Siria, Ucrania), y no su propia codicia e imperialismo. Los especialistas académicos norteamericanos proporcionaron el relato” (Tooze, 2022).

Su desarrollo teórico, el “Realismo Ofensivo” o de “Gran Potencia” es conocido en la disciplina. Uno de sus supuestos centrales es que las grandes potencias velan por su seguridad a través de esferas de interés. Los Estados Unidos obran también así, tal como lo muestran la doctrina Monroe o la doctrina Carter, que extendió los intereses estadounidenses al Golfo Pérsico. Si es necesario, esas zonas se defienden por la fuerza, y cualquiera que no reconozca y respete esto no comprende la violenta lógica de las relaciones internacionales. En este contexto, Mearsheimer argumenta que Rusia es una gran potencia y, mucho antes de la invasión a Ucrania, señalaba que en la lógica del poder y en la de los grandes imperios existen constantes, lo que le llevaba a pensar que Ucrania era una línea roja para Rusia. Expandir la OTAN hacia Kiev suponía tirar de la cola a un león el cual ineludiblemente reaccionaría (Tooze, 2022). En realidad, la postura de Mearsheimer, de manera similar a la de Kissinger, fue expresada a lo largo de los años y, en este caso, muy especialmente, a medida que se complejizaba la situación de Ucrania desde 2008 en adelante. De hecho, la exposición que desencadena el debate fue una conferencia pronunciada por el autor en la Universidad de Chicago en junio de 2015 titulada: *Un common core: The causes and consequences of the Ukraine Crisis*. En esa exposición el autor explicó que existen distintos tipos de causas que influyeron en el proceso y atribuyó muchas responsabilidades a Occidente. Entre ellas destacó las sucesivas ampliaciones de la OTAN, lo que implicaba sacar a Ucrania de

la órbita de Rusia y sumarla a Occidente. En ese marco, subrayó lo desestructurante que fue para el vínculo OTAN-Rusia el comunicado de la Cumbre de la OTAN en Bucarest en 2008 donde se afirmó: *NATO welcomes Ukraine's and Georgia's Euro-Atlantic aspirations for membership in NATO. We agreed today that these countries will become members of NATO* (NATO, 2008), independientemente que no se haya concretado. En segundo lugar, remarcó la expansión de la UE hacia el este y el apoyo de Occidente a los movimientos pro-democráticos a partir de la revolución naranja en 2004 (en su análisis vincula esta acción con la política estadounidense de expansión de la democracia la que conlleva no sólo derrocar a los regímenes que los Estados Unidos considera que no se inscriben en esta línea –por ejemplo, Rusia y, más claramente, China–, sino que un futuro gobierno democrático debe ser pro-estadounidense, algo que Mearsheimer describe como inaceptable para un gran poder); y, finalmente, en 2014 el derrocamiento del presidente pro-ruso, Víktor Yanukovich, lo que fue calificado por el autor como un Golpe de Estado que generó la toma de Crimea por parte de Rusia (Mearsheimer, 2015).

En cuanto a la conducta y reacciones de Putin ante la evolución de la crisis de Ucrania, Mearsheimer mencionó la toma de Crimea y, ya en 2015, argumentó que, si bien muchas opiniones afirmaban que Putin y Rusia deseaban conquistar Ucrania, él entendía que esto no era así. Describió a Putin como alguien inteligente que no pretendía restablecer la URSS simplemente porque no era posible, pero enfatizó que Putin sí quería la destrucción o demolición (*wrecking*) de Ucrania y que esta postura se debe a que Rusia es un gran poder y no desea tener la influencia de los Estados Unidos y la UE en su frontera. También afirmó que no existían pruebas de que Putin tuviese planes agresivos hacia Occidente antes de que este comenzara con la etapa final de la expansión de la OTAN hacia el este y

abriera la posibilidad de incorporar a Ucrania y Georgia a la organización. En ese escenario, destacó que los Estados Unidos actuaría de la misma manera. Históricamente, como ya los señalamos, lo hizo con la doctrina Monroe y la crisis de los misiles y procedería de forma muy similar a Rusia si China quisiera hacer acuerdos militares con Canadá y México.

b- Las ideas neoconservadoras, poscoloniales, internacionalistas y jurisdiccionistas: sus interpretaciones sobre las causas de la guerra

La revisión de las teorías que, como dijimos más arriba, desconocen total o parcialmente a la ampliación de la OTAN como causa de la guerra y consideran que estas radican en las tensiones poscoloniales de distinto cuño que se generaron con la implosión de la URSS, nos muestra una vez más la distancia tradicional entre Realismo y "Neoconservadurismo". Este último, en temas de acción internacional se acerca más al internacionalismo liberal por el nivel de activismo que propone y por la importancia que le otorga al tipo de régimen político en terceros Estados.

En ese marco, Kagan (2022) sostiene que la postura del Realismo no refleja la verdadera naturaleza del poder global y la influencia de los Estados Unidos en la mayor parte de la post-Guerra Fría. Los Estados Unidos ya era el único verdadero superpoder global durante la Guerra Fría y el colapso de la URSS sólo mejoró su hegemonía global, y no porque Washington interviniera con entusiasmo para llenar el vacío dejado por la debilidad de Moscú, sino porque la combinación de poder y creencias democráticas de los Estados Unidos hizo que el país fuera atractivo para quienes buscaban seguridad, prosperidad, libertad y autonomía. Estas características y su poder para proteger a los ex satélites soviéticos se combinaron con la incapacidad de Moscú para proporcionar cualquiera de estas cuestiones y generaron un cambio dramático en el equilibrio de poder

Europeo a favor del liberalismo occidental en detrimento de la autocracia rusa. Por otra parte, Kagan (2022) afirma que, desde el final de la Guerra Fría, los rusos han disfrutado objetivamente de mayor seguridad en sus flancos occidentales que en cualquier otro momento reciente, aun cuando la OTAN fue recibiendo nuevos miembros en el este. Moscú incluso dio la bienvenida a lo que en muchos sentidos fue la adición más significativa a la alianza: una Alemania reunificada.

En realidad, para los neoconservadores el problema radica en que, a diferencia del Reino Unido y de Francia, que en un momento de la historia perdieron sus capacidades imperiales y decidieron desarrollarse en armonía con los Estados Unidos, o incluso bajo su conducción o, a diferencia de Alemania y Japón, que fueron vencidos en la Segunda Guerra Mundial, Rusia no fue militarmente derrotada, ocupada y reformada en el proceso. Además, desde su perspectiva, Rusia nunca creyó realmente que podría convertirse en una potencia económica exitosa y sus elites pensaron que la consecuencia más probable de la integración al orden liderado por los Estados Unidos sería la degradación a, en el mejor de los casos, una potencia de segundo rango. Finalmente, Kagan (2022) destaca que el problema para Putin —y para los Realistas que quieren ceder tanto a China como a Rusia sus tradicionales esferas de interés— es que otras grandes potencias no otorgan tales esferas a otra potencia, estas no son heredadas ni creadas por la geografía, la historia o la "tradición". Se adquieren por el poder económico, político y militar. Van y vienen a medida que fluctúa la distribución del poder en el sistema internacional. Moscú no tiene ese poder y, por lo tanto, los Estados Unidos es un obstáculo imponente para una Rusia que busca recuperar su influencia perdida.

Otra lectura teórica es la que explica la invasión de Ucrania desde una mirada "poscolonial". Para Vami Pattiná (2022) la guerra ha generado varias discusiones entre ellas las

referidas al papel de la expansión de la OTAN, pero también puede leerse desde las tensiones poscoloniales derivadas de la implosión de la URSS. En su interpretación, la expresión “expansión” de la OTAN esconde el relato predominante de que la alianza atlántica liderada por Washington está planteada en clave anti-rusa. Este análisis es una inercia conceptual del paradigma realista de acuerdo con la cual los acontecimientos históricos se han presentado como si estos fueran exclusivamente productos de la voluntad de las potencias internacionales. Pero, desde una mirada más cercana a los estudios poscoloniales, se detecta que el impulso central para la ampliación de la organización de defensa militar occidental se ha originado en los Estados que, en algún momento, pertenecieron al ex-Pacto de Varsovia. Si la OTAN ha sobrevivido al final de la Guerra Fría es también porque estos países han solicitado permanentemente y con pocas excepciones, su ingreso, justificando así su sobrevivencia como instrumento geopolítico tras el conflicto bipolar.

Por otra parte, el autor considera que la OTAN no ha sido agresiva con Rusia, en tanto Ucrania finalmente no se incorporó a la organización a lo que suma que desde 1991 las relaciones entre la OTAN y Moscú no han sido conflictivas, sino que se han caracterizado por una creciente cooperación expresada en 1997 con la aprobación del *NATO-Russia Founding Act* que, a su vez, creó el *NATO - Russia Permanent Joint Council* (PJC), un foro de consulta y cooperación entre los dos actores. Finalmente, argumenta que la administración de Donald Trump descartó a la OTAN como un instrumento importante de la política exterior de los Estados Unidos, debilitándola. Y aunque con Joe Biden, Washington volvió a recuperar una postura atlantista, el daño causado por Trump a la credibilidad de la alianza como fuerza disuasoria se había concretado. De hecho, el autor entiende prudente hipotetizar que ha sido justamente la percepción por parte de Putin

de que no existía una amenaza directa y real de la OTAN un factor clave para convencerlo de que una invasión de Ucrania no implicaría un enfrentamiento militar de larga escala con dicha alianza (Pattiná, 2022).

En su interpretación de los hechos previos a la guerra, Pattiná (2022) argumenta que la crisis de 2014 con el Euromaidan no es por cuestiones bélicas, sino por proponer la inclusión de Ucrania a la UE. Entonces si no es la seguridad, lo que explica la guerra es la inexorable pérdida de poder de Rusia en el espacio post soviético y el atractivo político y económico de Occidente. Consecuentemente, desde las lecturas poscoloniales la comprensión de los acontecimientos del presente debe enmarcarse en el largo y traumático proceso de descolonización del espacio post soviético en el que se destaca la vocación de los ex integrantes del Pacto de Varsovia de no ser protegidos por el Ejército Rojo en tanto conocen la experiencia de las acciones imperiales rusas y ya pasaron por situaciones de soberanía limitada.

A esto se suma la ausencia de una atracción ideológica. Durante la Guerra Fría las relaciones entre Rusia y las otras repúblicas soviéticas y los países de Europa oriental no estaban garantizadas sólo por la presencia militar de Moscú, sino que el socialismo tenía una fuente de legitimidad ideológica tanto o más importante que la presencia militar, porque en esa idea de sociedad y modernidad basada en la igualdad se reconocieron sectores importantes de la *pólis* soviética. En la actualidad, en cambio, Rusia no ofrece ningún horizonte atractivo para competir con el modelo europeo y estadounidense. “Al contrario, su modelo socioeconómico representa una degradación oligopólica, autocrática y profundamente extractiva del capitalismo imperante. La de Rusia no es, entonces, una guerra de expansión, es la guerra de un actor hegemónico en franca decadencia para mantener a flote el último vestigio de la que Putin percibe haber sido una potencia imperial” (Vami Pattiná, 2022: 6).

Dentro de la tradición “liberal/internacionalista” de la teoría de las RRII, las ideas rectoras destacan la importancia del tipo de régimen y su incidencia sobre la política exterior. En este marco, las críticas hacia Rusia se concentran en la caracterización autocrática del gobierno de Moscú y en el perfil autoritario de Putin. La corriente de la paz democrática, inscripta en esta tradición, argumenta que los Estados democráticos no van a la guerra entre sí. Además, teóricamente destacan el valor del Derecho Internacional y el rol de los Organismos Internacionales como garantes de la paz. Sin embargo, desde una mirada empírica suele haber una distancia significativa entre estas ideas –por cierto, muy positivas para la estabilidad y la justicia del orden internacional– y lo que ocurre en la realidad. Una de esas diferencias es que la política de *regime changes* fomenta intervenciones de grandes poderes en otros Estados no sólo para conseguir la democratización, sino para que ese nuevo gobierno tenga una política de alineamiento con ese gran poder. En esto, el internacionalismo liberal y el neoconservadurismo se parecen mucho. Por otra parte, la vigencia de los organismos internacionales y el derecho internacional suele ser relativa y/o selectiva. Se aplica en algunos casos y en otros no.

Por su parte, dentro de esta tradición, Joseph Nye y su defensa del *soft power* vuelve a ocupar un lugar en el debate sobre el conflicto en Ucrania. Ante el escenario de guerra y las explicaciones realistas que parecerían afirmar que “se acabó el poder suave”, Nye (2022) sostiene que esa es una respuesta basada en un análisis superficial. Desde su concepción, el poder es la capacidad de afectar a otros para lograr los resultados que uno quiere y entiende que un realista inteligente sabe que esto se puede conseguir de tres maneras: coerción, pago o atracción; en otras palabras, los proverbiales “palo, zanahoria y miel”. Si bien en el corto plazo, los palos son más eficaces que la miel y, el poder duro le gana al poder suave,

en el largo plazo, a veces la miel le gana a los palos. En la política internacional los efectos del poder suave suelen ser lentos e indirectos porque la atracción de los valores y la cultura se notan en el largo plazo. Pero ignorar o descartar esos efectos sería un grave error. “Los líderes políticos astutos pueden, desde hace mucho, que los valores suelen crear poder. Si logro que desees lo que yo quiero, no tengo que obligarte a hacer lo que no quieres. Si un país representa valores que para otros son atractivos, puede ahorrar en el uso de premios y castigos” (Nye, 2022).

Desde nuestra perspectiva, el poder blando ha jugado un papel en el conflicto no sólo en los vínculos con Rusia, sino también en el campo de los aliados. Durante años, los funcionarios estadounidenses habían presionado a Alemania para que abandonara el proyecto del gasoducto Nord Stream 2 advirtiendo que haría que Europa fuera más dependiente del gas natural ruso y que su ruta bajo el Mar Báltico debilitaría a Ucrania. Alemania se negó, pero –como dice Nye– luego vino el impacto objetivo y subjetivo de la invasión rusa y el ataque sobre civiles ucranianos. De esa manera, Rusia dejó de ser atractiva para la opinión pública alemana y el gobierno de ese país suspendió el gasoducto.

Por último, al pasar revista de la postura “juridicista”, por un lado, se sostiene que las acciones rusas constituyen una afrenta al DIP. En palabras de Aldecoa (2022): “el fracaso de evitar la invasión a Ucrania es que todavía existen regímenes autoritarios que no obedecen a las normas del derecho y que violan sistemáticamente las mismas”, no se considera –en dicha argumentación– a la ampliación de la OTAN como causal. Cabe mencionar que el hecho de destacar la importancia del derecho internacional tras los acontecimientos consumados habilitó a sus detractores a expresar “la inutilidad del derecho internacional” y en sus partidarios a reivindicar su necesidad y la certeza de que la desprotección que la co-

munidad internacional sufriría aún mayor de no existir este conjunto de normas (García Ruiz, 2022).

Por otro lado, otra diferencia con las posturas previas es que no se afirma sobre el *corpus* teórico de un conjunto de pensadores o escuelas, sino sobre normas de diferente rango (dictadas por la Asamblea General de ONU, la costumbre internacional, fallos de la Corte Internacional de Justicia – CIJ–, etcétera) que han sido reconocidas por la comunidad internacional a través de las vicisitudes de la historia y aspiran a ser de validez universal sin que exista una autoridad supranacional que las haga exigibles. Este rasgo consolida su carácter normativo, pues coteja la conducta estatal rusa *vis a vis*, por ejemplo, el principio de integridad territorial de Ucrania, el principio de no intervención o las convenciones sobre crímenes contra el derecho humanitario. Si bien esta es la actitud esperable y deseada, deja pendiente una reflexión más amplia que exige pensar esta crisis “desde las diferentes facetas del Derecho Internacional, incluso la política. No se trata exclusivamente de un tema de seguridad, geopolítica o economía. El Derecho Internacional está en todas partes, en el reconocimiento de un Estado y su soberanía como piedra fundamental, en la eventual aplicación del artículo 4 del Tratado de la Alianza Atlántica, en las sanciones pactadas por el G-7 o en las crisis humanitarias de los conflictos armados” (Bas Vilizzio y Céspedes, 2022: 88). Un procedimiento reflexivo tal, sin dudas, conduce a coincidir con José Ruiz Jiménez (2022: página) en que es cuestionable que “haya cinco países con carta blanca, por ejemplo, para invadir otro Estado, sin que el derecho internacional pueda impedirlo” pero, a la par, pone de relieve que no es ninguna novedad el histórico carácter jerárquico y asimétrico del derecho internacional, que hoy queda en evidencia por las acciones rusas. Que “los fuertes hacen lo que quieren –con las normas– y los débiles lo que pueden”, parafraseando a Tucídides,

expresa el doble estándar con que el derecho internacional se aplica dependiendo de los involucrados y, como expresamos en las líneas introductorias, las tensiones entre el discurso y las acciones de algunos Estados y Organismos Internacionales. Trita Parsi, vicepresidente del *think tank Institute Quincy for Responsible Statecraft*, destacó: “los países del sur compadecen el sufrimiento del pueblo ucraniano y consideran a Rusia como el agresor. Pero las exigencias de Occidente (...) bajo el pretexto de preservar un orden basado en el derecho, provocaron una reacción alérgica, porque el orden invocado le permitió hasta ahora a los Estados Unidos violar el derecho internacional con toda impunidad” (Gresh, 2022).

Finalmente, esta postura soslaya que “antes de valorar la posible imposición de una sanción tiene que haberse incumplido un precepto legal, pero este incumplimiento, en Derecho internacional, también está sujeto a interpretaciones” (Becerril, 2007: 37). Putin afirmó –en nota al Consejo de Seguridad y en una presentación ante la CIJ– que había iniciado una operación militar especial, de conformidad con el artículo 51 de la Carta de ONU y con la aprobación del Consejo de la Federación de Rusia (Arredondo, 2022: 2). Ante las medidas provisionales tomadas por la CIJ en marzo de 2022, el vicepresidente ruso, Kirill Gevorgian, disintió en su voto sobre la jurisdicción *prima facie* de la Corte y sobre el alcance de la Convención contra el Genocidio sobre los actos invocados por Ucrania, considerando que la disputa real se relaciona con el uso de la fuerza, hecho no cubierto por aquella (Gevorgian, 2022). De similar manera, la jueza china, Hanquin Xue, también votó en disidencia los dos primeros puntos resolutivos (Xue, 2022).

Actores y acciones

A continuación, haremos un repaso sobre las principales causas que impulsaron a algunos actores occidentales a tomar posiciones

contendientes frente a Rusia por la guerra en Ucrania. Sanciones económicas, votaciones condenando la operación militar en la ONU, suspensión de Rusia en el Consejo de Derechos Humanos de la ONU, cesación de proyectos conjuntos como el gasoducto Nord Stream 2 y provisión de armas e inteligencia al gobierno ucraniano, son algunas de ellas. Es evidente que el escenario de guerra permitió sustentar todas estas medidas políticas y económicas, generó rechazo en gran parte de la clase política como de las sociedades occidentales –incluyendo tendencias rusofóbicas–, pero es necesario reconocer que hay causas preexistentes que impulsan la situación actual y habilitan a pensar que, al menos parcialmente, el componente de guerra provocada está presente en el escenario actual.

Los Estados Unidos y la OTAN

a- Concepto y práctica de guerra provocada

El concepto y la práctica de guerra provocada no son nuevos en los Estados Unidos. Con denominaciones distintas, con objetivos diversos y en escenarios dispares, podemos encontrar varios ejemplos a lo largo del siglo XX. En tiempos más cercanos Barack Obama durante las elecciones primarias de 2008 solía diferenciarse de Hillary Clinton diciendo que él había votado en contra de la invasión a Irak en 2003 porque era una guerra "elegida" a diferencia de la operación militar en Afganistán, a la cual describió como una guerra "necesaria".

La adjetivación de la guerra contra Irak como "elegida" se sustenta en el análisis de un proceso iniciado en 1992 –apenas finalizada la primera guerra del Golfo– durante el último año de gestión del Presidente Bush padre, cuando se elaboró un primer borrador de la *Defense Policy Guidance* (DPG), documento que planteaba la estrategia internacional de los Estados Unidos para el siglo XXI. En este aparecía como dato central la creación de una

nueva "pax americana" basada en el dominio de Eurasia a través de una estrategia que desalentara a competidores potenciales de aspirar a un mayor papel regional y mundial y que privilegiaba: las intervenciones militares, el ejercicio de una política exterior claramente unilateral, la aplicación de acciones preventivas para desalentar a los Estados que pudieran desarrollar armas de destrucción masiva, entre otras. Este documento fue elaborado por dos miembros de la Oficina de Política del Pentágono, Paul Wolfowitz y Lewis Libby, quienes, en aquel momento, se vieron desautorizados en tanto el borrador de la DPG fue corregido por orden del entonces Consejero de Seguridad Nacional, Brent Scowcroft, y del ex Secretario de Estado, James Baker³. En ese borrador también se proponía destituir a Saddam Hussein. Fue entonces que el presidente Bush, invocando la necesidad de mantener el balance de poder en Oriente Medio y no romper los acuerdos de la coalición internacional que le había permitido ganar la guerra, ordenó suavizar esas posturas (Busso, 2003). Pero existió un segundo embate tanto contra Hussein como sobre el rol nodal que jugaba Asia Central en la estrategia estadounidense, cuando en 1997 se creó el *think tank* neoconservador *Project for the New American Century* el cual elaboró varios documentos públicos donde proponía el derrocamiento de Saddam Hussein⁴. Finalmente, en el marco de la lu-

3 La información sobre la versión final del documento se puede consultar en: U.S. Strategy Plan Calls For Insuring No Rivals Develop. *The New York Times* (8 de marzo de 1992). Disponible en: <https://www.nytimes.com/1992/03/08/world/us-strategy-plan-calls-for-insuring-no-rivals-develop.html>

4 Entre las propuestas más relevantes del grupo aparecen: la necesidad del uso de la fuerza, las ventajas del unipolarismo, la utilidad de aumentar las capacidades de las Fuerzas Ar-

cha contra el terrorismo internacional y bajo la influencia neoconservadora el presidente Bush (hijo) – con argumentos falsos como la posesión de armas de destrucción masiva y la existencia de alianzas entre el gobierno iraquí y grupos terroristas–, decidió invadir Irak y destituir a Sadam Hussein. La guerra elegida se había concretado. La pregunta es: ¿quita esto responsabilidad a las políticas de violación de Derechos Humanos o el autoritarismo de Hussein? De ninguna manera. Pero tampoco elimina la responsabilidad de los Estados Unidos en el desarrollo de estos acontecimientos.

b- Ucrania en el diseño de la geoestrategia globalista anglosajona

La descripción del punto anterior no sólo nos permite mencionar la práctica de guerra provocada/guerra elegida, sino que también muestra cómo desde inicios de los años '90 con la implosión de la URSS y la llegada de la posguerra fría existían nuevos objetivos geopolíticos que incluían la expansión hacia zonas que no habían sido privilegiadas anteriormente por Washington, como el caso de Asia Central. El control de esa zona le permitiría a los Estados Unidos enfrentar simultáneamente varias de las amenazas presentes y avanzar sobre las amenazas potenciales. Dicho en otras palabras, el control de esa región habilitaba la supervisión de países con importantes movimientos islámicos, la inspección de fuentes de energía de petróleo y gas, la supervisión de los países que aparecen con el doble estándar de aliado público/enemigo secreto como el caso de Arabia Saudita y, fi-

madamas americanas, la urgencia de remover a Saddam, la existencia de una vieja Europa, la emergencia de un eje del mal, la necesidad de controlar una porción significativa de las fuentes mundiales de petróleo, etcétera (Busso, 2003).

nalmente, la supervisión de lo que los miembros de la administración consideran la mayor amenaza estatal de largo plazo: la República Popular China. En este marco, se podría afirmar que Irak fue el primer paso de ocupación territorial para garantizar la estrategia nacional americana para el siglo XXI (Busso, 2003). La debilidad de Rusia en ese momento más la política atlantista que llevó adelante Boris Yeltsin y los ataques terroristas de 2001 hicieron que Washington concentrara su atención en Oriente Medio. Sin embargo, la estrategia general para debilitar un posible eje euroasiático – donde el protagonismo lo tuviesen algunos Estados europeos y Rusia– se mantuvo presente en tanto su consolidación debilitaría la presencia de los Estados Unidos en Asia, un continente donde China venía incrementando su influencia.

Es por ello que, en el caso de la invasión de Rusia a Ucrania, también existen evidencias de que muchos actores siempre pensaron que había que sacar a Ucrania de la zona de influencia rusa y, de esa manera, debilitar a Rusia y su proyección euroasiática.

Como lo señala Gabriel Merino, la guerra en Ucrania en su expresión actual es un conflicto interestatal, pero sobre todo es un conflicto global donde chocan la geoestrategia globalista de los grupos y clases dominantes de los Estados Unidos y el Reino Unido frente a la geoestrategia eurasiática de Rusia. La primera busca la primacía en Eurasia consolidando y profundizando el control de sus periferias. En ese esquema, la expansión de la OTAN hasta la frontera con Rusia era central y en el siglo XXI se buscó cerrar esta estrategia vía tratados comerciales, como el *Trans-Pacific Partnership* propuesto por la administración Obama, para consolidar la presencia estadounidense en el otro extremo de la periferia asiática (Merino, 28 de marzo de 2022).

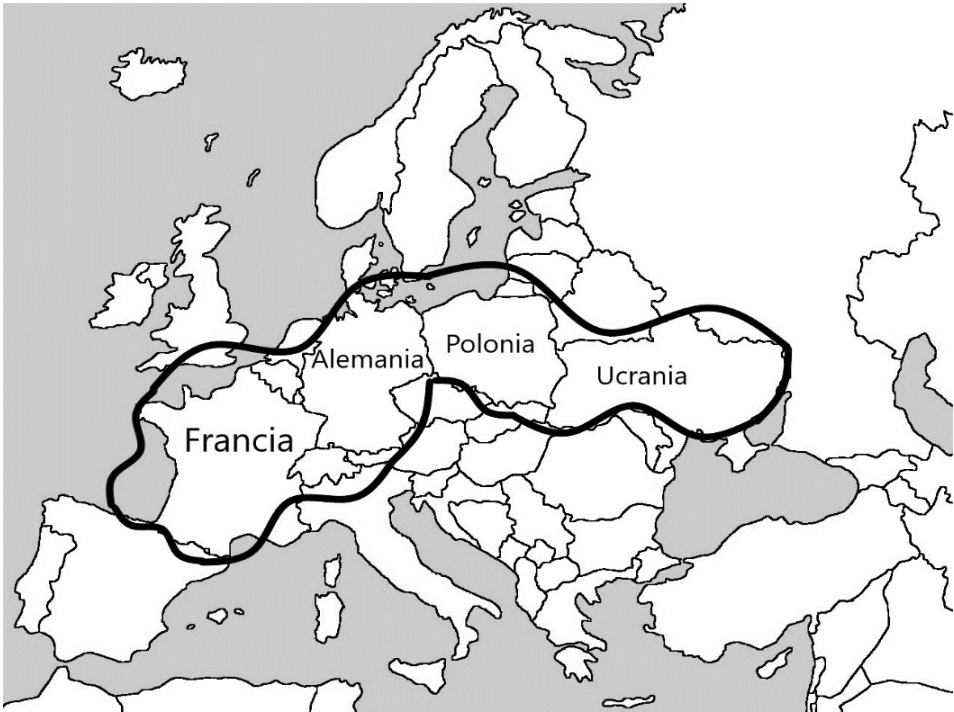
Continuando con su análisis, Merino destaca que Zbigniew Brzezinski planteó la cuestión con mucha precisión. Desde nues-

tra perspectiva, y para mostrar la secuencia de acontecimientos donde el objetivo de acotar la capacidades rusas aparece sistemáticamente como un dato central en la política estadounidense, agregamos que la primera edición del libro de Brzezinski *The Grand Chessboard: American Primacy and its Geostrategic Imperatives* es de 1997 y que en la edición revisada de 2016, el autor mantiene sus línea de análisis y aborda los acontecimientos mundiales recientes, incluida la guerra en Ucrania (de 2014), el resurgimiento de Rusia y el ascenso de China. Según Merino:

Para Brzezinski, uno de los cuadros que formalizó la geoestrategia del *establishment* globalista, la clave era constituir un eje de seguridad en

Europa, la gran cabeza de puente euroasiática para los Estados Unidos, conformado por Francia, Alemania, Polonia y Ucrania. Entre 2005-2010, Ucrania debía ser parte de la OTAN. Cumpliendo la planificación del Departamento de Estado y el Pentágono, y a pesar de la predominancia neoconservadora americanista de George W. Bush y su foco en el control del Golfo Pérsico, en la cumbre de Bucarest de la OTAN en 2008 el presidente de los Estados Unidos propuso la incorporación de los ex países soviéticos, Georgia y Ucrania (28 de marzo de 2022).

La expresión geográfica de esa expansión puede verse en uno de los mapas elaborados por Brzezinski en su libro.



Fuente: Imagen en base a Brzezinski (1998: 92).

No podemos dejar de subrayar que nos centramos en el análisis del rol que los gobiernos estadounidenses le otorgaron –y claramente aún le otorgan– a Rusia en su estrategia globalista, pero sin olvidar que los vínculos con Moscú no se piensan de manera aislada, sino interrelacionada con el rol de China que es el verdadero actor con capacidades de desafiar la hegemonía estadounidense en la actualidad.

c- La ampliación de la OTAN y la defensa nacional con misiles

Habiendo hecho referencias a la práctica de guerra provocada y al rol de Rusia en la estrategia globalista de los Estados Unidos corresponde incluir una breve mención al proceso de ampliación de la OTAN. En primer lugar, es importante recordar que en 1989 cuando cayó el Muro de Berlín y comenzaron las negociaciones para la reunificación de Alemania se generó un proceso de diálogo entre Gorbachov y el Secretario de Estado Baker y se llegó a un acuerdo: Rusia aceptaba que la Alemania reunificada fuese parte de la OTAN y los Estados Unidos se comprometía a no expandir la OTAN hacia el este. Como los hechos lo demuestran, una de las partes no cumplió su compromiso y, de manera distinta a los argumentos sobre las políticas de cooperación y no agresión que destacan varias de las teorías que mencionamos anteriormente, la percepción de Rusia sobre estos avances fue siempre negativa y, además, el gobierno ruso hizo público su desacuerdo con cada una de estas ampliaciones.

Actualmente, la OTAN cuenta con 30 países miembros. Sin embargo, sobre ese total, 14 países se sumaron a la organización entre 1999 y 2020. Esto es en el período de posguerra fría, cuando el comunismo ya no era una amenaza porque la URSS había implosionado. Las razones de la ampliación incluyen, por una parte, las cuestiones geopolíticas inscriptas en la geoestrategia globalista de la alianza anglosajona (los Estados Unidos y Reino Unido) y,

por otra, las cuestiones vinculadas a las tensiones poscoloniales surgidas de la implosión de la URSS entre las que se destacan el deseo de los países de Europa del este y de algunas ex repúblicas soviéticas de salir definitivamente de la órbita de Moscú y sumarse a esquemas de alianza con los Estados Unidos y Europa.

Entre los países que conformaron la OTAN a partir de su creación en 1949 con el nacimiento de la Guerra Fría, se encuentran Bélgica, Canadá, Dinamarca, los Estados Unidos, Francia, Islandia, Italia, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos, Portugal y el Reino Unido. Posteriormente, pero siempre dentro de la lógica de las esferas de influencia de la Guerra Fría, se sumaron Grecia y Turquía en 1952, República Federal de Alemania en 1955 y España en 1982. Lo que viene después describe la situación a la que se refieren los análisis actuales que le asignan a la ampliación de la OTAN un rol importante entre las causas de la guerra Rusia-Ucrania. Así, acompañando a la posguerra fría y el empoderamiento de los Estados Unidos y Europa en 1999, se sumaron Hungría, Polonia y República Checa. Las incorporaciones de 2004 fueron consideradas una alerta roja para Rusia dada la dimensión del avance hacia el este. En esta ocasión se sumaron Bulgaria, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Letonia, Lituania y Rumania. Como ya señalamos, existieron discusiones en la cumbre de la Organización realizada en 2008 en Bucarest donde se propuso la incorporación de Ucrania y Georgia, que dada las tensiones que generó no avanzaron. Sin embargo, sí se concretaron al año siguiente (2009) las incorporaciones de Albania y Croacia. El proceso se completó con el ingreso de Montenegro en 2017 y Macedonia del Norte en 2020.

Las ampliaciones de la OTAN coinciden temporalmente con la política de defensa con misiles de los Estados Unidos. La misma nació bajo el gobierno de Ronald Reagan durante los años '80 con la llamada Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE). Para muchos esta

propuesta de paraguas protector para el territorio estadounidense y europeo rompía, por primera vez en la Guerra Fría, la idea de zonas de influencia. Si las millonarias inversiones en investigación y desarrollo daban frutos y se lograba articular información satelital y misiles defensivos estratégicamente instalados en el escenario europeo una de las zonas quedaba totalmente protegida y la otra no. De hecho, esta política acogida por los neoconservadores que acompañaban a Reagan marcaba el camino hacia un escenario de *pax* americana y obligaba a la URSS y al gobierno de Gorbachov a cambiar de rumbo en tanto ese país no estaba en condiciones de abordar los costos económicos de un proyecto paralelo a la IDE. Es por ello que varios estudios le asignan a esta política un lugar central entre aquellas que aceleraron el triunfo de Washington en la Guerra Fría. Durante la administración del presidente Bush (hijo) la nueva ola neoconservadora revitalizó el proyecto bajo el nombre de Iniciativa de Defensa Nacional con Misiles. Para llevarla a cabo, Washington denunció en 2001 el SALT I, considerado el tratado ícono de la distensión, en tanto necesita producir mucho más de 200 misiles ABM que era lo autorizado por el acuerdo. La agenda bilateral de Washington y Moscú —ya con Putin en el poder— estuvo permanentemente cruzada por este tema. El reclamo constante de Rusia fue que, si la instalación de misiles defensivos y bases de radares en Polonia y República Checa no era contra Moscú, sino contra otros enemigos (por ejemplo, el terrorismo nuclear), ellos se querían sumar al programa. Occidente nunca dio lugar a esta solicitud. Es más, la administración Obama continuó la Iniciativa y, a modo de cooperación coyuntural, decidió detener el proyecto mientras negociaba con el gobierno de Dmitri Medvédev la aprobación del tratado Start III durante 2010. Después de la aprobación del Start en ambos congresos, Washington continuó con el programa. Otra promesa no cumplida.

d- Los *Think Tanks* otra vez en escena

Como pasó con el *Project for the New American Century* y sus propuestas para la guerra en Irak de 2003 y sus desarrollos posteriores, el conflicto en Ucrania nuevamente puso en escena las recomendaciones producidas en los últimos años por distintos grupos de expertos. Los *think tanks* en los Estados Unidos cumplen una función muy importante como proveedores de insumos para las políticas públicas. En lo que refiere a la relación de Occidente —especialmente de los Estados Unidos— con el conflicto actual un insumo significativo es el informe publicado por la Rand Corporation en 2019. Bajo el título *Sobreextender y desequilibrar a Rusia. Evaluación del impacto de las opciones que imponen costos* el informe “enumera opciones no violentas y de imposición de costos que los Estados Unidos y sus aliados podrían promover en las áreas económica, política y militar para estresar a Rusia —sobreextendiendo y desbalanceando— a su economía, sus fuerzas armadas y la estabilidad de su régimen político” (Rand Corporation, 2019: 1).

Para subrayar la importancia de Rusia en el diseño estratégico de largo plazo de los Estados Unidos, el informe comienza señalando que la máxima: “Rusia nunca es tan fuerte ni tan débil como parece”, sigue siendo cierta en la actualidad como lo fue en los siglos XIX y XX. A partir de allí, las temáticas abordadas incluyen: medidas económicas, geopolíticas, ideológico-informativas y aquellas que involucran a las fuerzas de aire, mar y tierras. Cada una de ellas es evaluada en términos de costo-beneficio y varias están siendo aplicadas en el conflicto entre Rusia y Ucrania de manera directa e indirecta. A saber: expandir la producción de energía de los Estados Unidos; imponer sanciones comerciales y financieras a Rusia; aumentar la capacidad de Europa para importar gas de proveedores distintos de Rusia; fomentar la emigración de Rusia de mano de obra calificada y jóvenes bien educados; proporcionar ayuda letal a Ucrania; promover

la liberalización en Bielorrusia; ampliar los lazos en el sur del Cáucaso; reducir la influencia rusa en Asia Central; voltear Transnistria y expulsar a las tropas rusas de la región; fomentar la desconfianza en el sistema electoral ruso; crear la percepción de que el régimen no persigue el interés público; alentar las protestas internas y otras resistencias no violentas; socavar la imagen de Rusia en el extranjero; incrementar las fuerzas estadounidenses en Europa, aumentar las capacidades terrestres de los miembros europeos de la OTAN y desplegar un gran número de fuerzas de la OTAN en la frontera rusa; aumentar el tamaño y la frecuencia de los ejercicios de la OTAN en Europa (Rand Corporation, 2019). Más allá que no es un documento gubernamental, dada la semejanza de las propuestas con muchas de las políticas aplicadas actualmente, cuesta creer que estos debates y recomendaciones no sean una parte integral de la geopolítica globalista que viene desarrollándose desde inicios de la posguerra fría y que el informe opere como guía para un plan de acción.

e- La administración Biden: democracia *versus* autocracias y el riesgo de apoyar en el exterior expresiones políticas que se evalúan peligrosas internamente

En el campo de la política doméstica, Joe Biden se ha presentado como un presidente transformador. Partiendo de un diagnóstico negativo sobre la herencia recibida de la administración Trump, pero también de las consecuencias desfavorables de la hiperglobalización neoliberal de los '90, entendió que era necesario proponer cambios económicos, políticos y sociales que mejoraran las condiciones económicas de los sectores medios y los más desposeídos; atendiesen las emergencias devenida de la pandemia y limitasen el deterioro de la democracia estadounidense. En ese contexto, pensar la manera de limitar el peligro que representan las distintas versiones de las derechas extremas –algunas de ellas con com-

ponentes neonazis, xenófobos, armamentistas, entre otros– se convirtió en parte de su gestión de gobierno, algo que se agudizó a partir del ataque al Capitolio el 6 de enero de 2021.

En el campo de la política exterior, los cambios se han sentido mucho menos. Si bien el presidente Biden trató de recuperar el multilateralismo y defender temas a los que Trump se había opuesto, como la protección del ambiente, el resto de la agenda y las prácticas no incluye grandes novedades con referencia a los planteos de las administraciones Clinton y Obama. Así, entre los temas típicos de los demócratas se destaca la propuesta de universalizar la disputa: democracias *versus* autocracias. En este esquema, los Estados Unidos lidera a los aliados democráticos mientras que las principales referencias autocráticas son Rusia y China⁵. Además, al igual que Clinton – quien manifestó en ocasiones su preocupación por la democracia rusa cuando Yeltsin finalizó su mandato y Putin llegó al poder– u Obama –que intentó la política de *reset*, pero no logró avances significativos y siempre tuvo un mal vínculo con Putin–, Biden siempre recurrió a expresiones muy fuertes contra Putin y planteó una narrativa con nostalgias de Guerra Fría en referencia a Rusia como un enemigo histórico (Biden, 17 de marzo de 2021).

Este esquema planteado en la tercera década del siglo XXI suena más descontextualizado que en la etapa de plena hegemonía

5 Las coincidencias sobre estos temas se manifiestan en una nota publicada por Bill Clinton donde afirma: “En el escenario global, el Presidente Biden ha unificado a nuestros aliados democráticos en toda Europa y en todo el mundo para aislar a Rusia y brindar asistencia militar y humanitaria al valiente pueblo de Ucrania, al tiempo que restablece el liderazgo de los Estados Unidos en temas claves como cambio climático, la democracia y los derechos humanos” (2022).

de los Estados Unidos por varias razones: 1. Más allá del valor de la democracia, muchos naciones están agobiadas del uso selectivo que Washington hace de esta exigencia; 2. Como señalamos más arriba, muchas veces para el gobierno de los Estados Unidos que un Estado sea democrático implica también que sea pro estadounidense en todos los temas de agenda global; 3. Existe una tendencia por parte de Washington a no comprender las tradiciones político-culturales de otras naciones y esto es muy relevante en momentos como el actual donde el poder global transita hacia Oriente con China a la cabeza.

Consecuentemente, en un contexto de pérdida relativa de hegemonía se validaron varias políticas que ya hemos mencionado. La administración Biden reivindicó a la OTAN; identificó a Rusia antes de la invasión a Ucrania como un Estado autoritario; mantiene vigente la geoestrategia del *establishment* globalista que pretende evitar la proyección de políticas comunes entre países europeos (especialmente Alemania y Francia), Rusia y China y, finalmente, en caso que Rusia resulte muy dañada por la invasión a Ucrania, los Estados Unidos tendrá en su haber señalar a Moscú como una "autocracia fracasada". Esta situación es un hecho empírico y simbólico importante en tanto en los últimos años a Washington le ha costado defender la idea de que el éxito sólo estaba asociado a la dupla democracia-capitalismo. Finalmente, la decisión de armar a Ucrania para enfrentar la guerra con Rusia genera una consecuencia que no puede tipificarse como no predecible: la asistencia militar incluye a los grupos neonazis que tienen presencia en Ucrania. Como explica Aris Roussinos (2022):

Ucrania no es un Estado nazi, como afirma la propaganda de Putin, sino una democracia imperfecta. Pero la extrema derecha y los neonazis sí tienen un peso militar que han venido ganando en gran medida en el campo de batalla,

y perjudican no sólo a Rusia, sino a la propia Ucrania. Denunciarlos no es hacerle el juego a la invasión, sino poner de relieve los peligros que entraña su potencial crecimiento, quizás sobre las propias ruinas del Estado ucraniano.

Entre los grupos que ya recibían financiamiento del Estado ucraniano se destaca Azov, pero existen otros como Karpatska Sich, Tradición y Orden, el grupo neonazi C14, la milicia de extrema derecha Freikorps. Ahora todos estos grupos poseen armas occidentales y, en cierta medida, son considerados héroes nacionales en un contexto internacional de fuerte crecimiento de las extremas derechas, incluso en los Estados Unidos. De hecho, los mismos demócratas en 2019 los percibían como una amenaza porque solicitaron que fueran calificados como grupos terroristas (Owen, 16 de octubre de 2019). Si a los demócratas les preocupan dichas fuerzas en su país, no deberían aliarse con ellas en el exterior.

f- Las corporaciones siempre presentes

Otro grupo de actores que tienen intereses fuertemente ligados a la logística de la guerra son las corporaciones. En opinión de Boaventura de Sousa Santos:

(L)a política exterior (y la democracia) de los Estados Unidos está dominada por tres oligarquías (no sólo hay oligarcas en Rusia y Ucrania): el complejo militar-industrial; el complejo gasífero, petrolero y minero; y el complejo bancario-inmobiliario. Estos complejos tienen ganancias fabulosas gracias a las llamadas rentas monopólicas, situaciones privilegiadas de mercado que les permiten inflar los precios. El objetivo de estos complejos es mantener al mundo en guerra y crear una mayor dependencia de los suministros de armas estadounidenses. La dependencia energética de Europa en relación con Rusia era inaceptable. Desde el punto de vista de Europa, no se trataba de dependencia, se trataba de racionalidad económica y diversidad de socios. Con la invasión de Ucrania y las san-

ciones, todo se consumió como estaba previsto, y la apreciación inmediata de los precios de las acciones de los tres complejos tenía champán esperándolos” (10 de marzo de 2022).

La Unión Europea y la incomodidad de ser un socio menor

La incomodidad que vive la Unión Europea no sólo está dada por su vecindad con el territorio ucraniano, los desplazados del drama humanitario, etcétera, sino que encuentra, también, antecedentes tempranos como el rápidamente incumplido y ya mencionado compromiso entre Gorbachov y el Secretario de Estado Baker de no expansión de la OTAN hacia el este. La reciente desclasificación por parte del Instituto de Historia Contemporánea de Munich documenta la incomodidad que, en palabras del diplomático alemán Jürgen Chrobog, les ocasionó a funcionarios de alto nivel de la República Federal Alemana, aprovechar la retirada de las tropas soviéticas para sacar ventaja (Reggiani, 2022). En una misma línea, el presidente francés de entonces, François Mitterrand, se quejó de las repúblicas bálticas afirmando que no se podía arriesgar todo lo conseguido en las negociaciones 2+4 sólo para ayudar a países que no han tenido existencia propia en 400 años (Reggiani, 2022). La incomodidad no se quedó allí y devino, además, en la asunción por parte de los europeos de un rol como socio menor, cristalizado en la imposición de la postura estadounidense en el ámbito de las conversaciones para la reunificación alemana. Así como ello fue evidente cuando se les advirtió que en el futuro no podía excluirse la expansión de la OTAN como opción (Reggiani, 2022), es un hecho que ha vuelto a repetirse con la reciente exclusión del AUKUS –tratado de seguridad para la región del Índico y el Pacífico entre los Estados Unidos, Australia e Inglaterra– que tomó por sorpresa a los líderes de la UE (de Sousa Santos, 2022).

La invasión de Ucrania no fue la excepción al persistir la incomodidad: Kiev prohibió el ingreso a Ucrania del presidente alemán Frank-Walter Steinmeier a quien se le acusó de cultivar estrechas relaciones con Moscú, no tomar en serio las advertencias sobre las amenazas rusas a Europa del este y a Ucrania, en particular, apoyar los gasoductos Nord Stream y participar en el veto alemán al ingreso de Ucrania en la OTAN como ministro de Asuntos Exteriores de Merkel en 2008 (Anónimo, 2022a). Y aunque el actual canciller Olaf Scholz tomó una postura donde es claro el apoyo a Ucrania (que incluye el envío de armas) la incomodidad persiste por otros medios, como la elevada dependencia de hidrocarburos –mencionada en la prensa como la trampa energética a través de la cual Europa financia a Putin–. Por ejemplo, Serbia votó en abril en el Consejo de Derechos Humanos de la ONU para suspender a Rusia del grupo por su invasión a Ucrania. Sin embargo, obtuvo a cambio la eximición por parte de la UE de sus sanciones a las importaciones rusas de petróleo y gas (Anónimo, 2022b). Y, si bien a fines de mayo de 2022, los líderes de la UE superaron semanas de división para llegar a un acuerdo sobre la prohibición parcial del petróleo ruso, el gas abre nuevas brechas en el bloque. El primer ministro irlandés, Micheal Martin, calificó al embargo parcial como un “momento decisivo”, pero dejó en claro que el consenso sobre el gas será más difícil (Ponikelska, Tadeo y Valero, 2022). Cabe reconocer que, por ejemplo, Alemania importa el 55% de su consumo de gas, apareciendo en la lista países como Polonia, Italia Letonia, República, Eslovaquia y Hungría con diferentes niveles de dependencia gasífera. En este ámbito, profundizar la dependencia económica de Europa va de suyo con la estrategia del socio menor, en este caso, en términos energéticos, y funcional a la estrategia globalista. El mencionado complejo gasífero, petrolero, minero estadounidense –al reemplazar el suministro

ruso— proveería los energéticos e indicaría hasta sus precios (de Sousa Santos, 2022). Alberto Hutschenreuter en la misma línea sostiene que “en el segmento energético la guerra funge funcional para los intereses estadounidenses porque impacta en la economía rusa, ‘desacopla’ a la UE (y especialmente a Alemania) de Rusia y, finalmente, deja a los Estados Unidos como potencial proveedor de Europa” (22 de mayo de 2022).

Por otro lado, cabe decir que la guerra entierra definitivamente el sueño paneuropeo o eje euroasiático, quedando Moscú en un peligroso estado de “soledad geopolítica” (Marin, 2022). En ese contexto, el rearme alemán anunciado por Scholz por más de 100 mil millones de euros, parece inscribirse funcional a la estrategia globalista. En palabras de Ramonet, es una verdadera revolución militar, que tendrá impactos geopolíticos y económicos (2022).

A modo de cierre

El debate teórico sobre el conflicto es rico, pero no es novedoso. Entendemos que los orígenes de la guerra son multicausales y, por lo tanto, cada teoría otorga carácter explicativo a algunas variables y desconoce otras. Llama la atención la interpretación tan dispar que realizan sobre los mismos hechos y su impacto sobre el conflicto. Para los realistas la ampliación de la OTAN es central, mientras que para los enfoques poscoloniales y lo liberales la misma no tuvo ninguna influencia, mientras que para los neoconservadores todo estaría bien si Rusia se sometiera a los designios de Washington. Pensamos que la primera es una lectura acotada a los vínculos entre los grandes poderes, pero el segundo grupo realiza una interpretación romántica de las acciones de Occidente que tampoco se condice con la realidad, aunque subraya adecuadamente la influencia de las dinámicas políticas de Europa del este y las ex repúblicas soviéticas, el rol de la decadencia de Rusia como actor hegemónico y la resis-

tencia de Moscú a perder esa condición. Lo llamativo es que ninguna hace hincapié en la pérdida de hegemonía de los Estados Unidos y en el intento de Washington de evitar posibles alianzas euroasiáticas que incluyan a Rusia y China y que acelerarían dicha pérdida.

En el mar de críticas que despertaron las posturas realistas es necesario destacar dos aspectos. Primero, aquellos que desde distintos lugares (el gobierno ruso, la prensa progresista y otras corrientes teóricas estadounidenses) le otorgan a dicho análisis un sustrato pro-ruso han olvidado que fueron los realistas y sus propuestas quienes sentaron las bases de la hegemonía global estadounidense en la segunda posguerra. No son pro-rusos ni revolucionarios, simplemente entienden la estabilidad del orden internacional desde una perspectiva que le otorga un papel central a los grandes poderes y a las zonas de influencia como mecanismos para generar un balance de poder. Por lo tanto, a ellos también les inquieta que el devenir de la guerra desestabilice a Europa, un aliado central de Washington. Segundo, resulta importante recordar las diferencias entre explicar y justificar. Al contrario de lo que señalan sus críticos, entendemos que las explicaciones del Realismo Clásico y Ofensivo no justifican la invasión de Putin y tampoco la legitiman. Lo que sí hacen es señalar que la reacción de Putin ante el avance de la OTAN —de acuerdo con la conducta de los grandes poderes— era predecible y, por lo tanto, no era conveniente provocarla.

Una crítica solvente es la de Tooze (2022) cuando argumenta que en la búsqueda interminable del Realismo para definir sensatamente los intereses nacionales y perseguirlos lo mejor posible, recurrir a la guerra, por parte de cualquier bando, debería reconocerse como lo que es. La crítica apunta a que no es correcto naturalizarla como una reacción lógica y obvia ante determinadas circunstancias, sino reconocerla como un acto radical y peligroso, cargado de consecuencias morales. Para el au-

tor cualquier pensador o político insensible ante esta cruda realidad debería ser juzgado en consecuencia.

En cuanto a los actores y a los hechos, volvemos a recalcar que la guerra la declaró Putin, pero coincidimos con Kagan (2022) que insistir en que la invasión fue totalmente “no” provocada es engañoso. La geoestrategia globalista adquirió un dinamismo notable desde el fin de la Guerra Fría y las acciones para alcanzar sus objetivos incluyeron el incumplimiento por parte de los Estados Unidos, Europa y la OTAN de varios de los acuerdos alcanzados a partir de 1989. Así las sucesivas ampliaciones de la OTAN; la continuidad del programa de Defensa Nacional con Misiles; la caracterización del gobierno ruso como una autocracia y la figura de Putin como un tirano; el rol de las corporaciones ligadas a la guerra; el apoyo creciente en armamentos a Ucrania desde antes de la guerra; los documentos de los *think tanks* marcando el camino para deteriorar a Rusia fueron “percibidos” por Moscú como parte de las históricas agresiones occidentales. En el marco de la guerra, el acoplamiento relativo de Alemania y Francia a las directivas estadounidenses debilitó el papel de Europa como actor con capacidad de decisión, pero vigorizó el proyecto de la geoestrategia globalista estadounidense.

Al momento de finalizar este artículo, las interpretaciones sobre la guerra se dividen entre: quienes argumentan que Putin se equivocó y deteriorará definitivamente las capacidades de Rusia; aquellos que aseguran que el triunfo de los Estados Unidos empodera los valores del orden internacional liberal y otros que refutan estas posturas y sostiene que recibimos información parcial sobre el desempeño militar y que las consecuencias económicas de la guerra están desquebrajando a la coalición occidental. Llamativamente nadie habla de una paz justa para Ucrania.

Referencias bibliográficas

- Aldecoa, F. (15 de abril de 2022). La guerra es completamente contraria al derecho internacional. *Deutsche Welle*. Disponible en: <https://www.dw.com/es/la-guerra-es-completamente-contraria-al-derecho-internacional/a-61468650>
- Anónimo (2022a). El rechazo de Kiev a Steinmeier es un error. *Deutsche Welle*. Disponible en: <https://www.dw.com/es/el-rechazo-de-kiev-a-steinmeier-es-un-error/a-61465971>
- Anónimo (2022b). Presidente de Serbia evita imponer sanciones a Rusia. *Deutsche Welle*. Disponible en: <https://www.dw.com/es/presidente-de-serbia-evita-imponer-sanciones-a-rusia/a-61890949>
- Arredondo, R. (2022). América Latina ante el conflicto en Ucrania: una respuesta desde un orden internacional basado en normas. *Análisis Carolina*. 9: 1-30.
- Bas Vilizzio, M. y Céspedes, M. (2022). Ucrania y el Derecho Internacional. *Foreign Affairs Latinoamérica*. 22 (2): 85-89.
- Becerril, G. (2007). El poder del Derecho en el orden internacional: estudio crítico de la norma democrática. *Revista Jurídica Universidad Autónoma de Madrid*. 15: 31-55.
- Bella, T. (24 de mayo de 2022). Kissinger says Ukraine should cede territory to Russia to end war. *The Washington Post*. Disponible en: <https://www.washingtonpost.com/world/2022/05/24/henry-kissinger-ukraine-russia-territory-davos/>
- Biden, J. (17 de marzo de 2021). Biden dice concordar con que Vladimir Putin es un asesino. *Deutsche Welle*. Disponible en: <https://www.dw.com/es/biden-dice-concordar-con-que-vladimir-putin-es-un-asesino/a-56902347>
- Brzeziński, Z. (1998). *El Gran tablero mundial*. Buenos Aires: Paidós.
- Busso, A. (30 de abril de 2003). *La política exterior americana a partir de la administración de George W. Bush: su impacto mundial y regional* [Conferencia]. Centro de Estudios Internacionales, Universidad Torcuato Di Tella.

- Busso, A. (2008). *Estados Unidos y la Rusia de Putin: ni el regreso a la Guerra Fría ni la superación de las dudas históricas*. En *¿Una nueva guerra fría? Conflicto y Cooperación en las relaciones entre Estados Unidos y Rusia. Anales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas* (pp. 23-38). Buenos Aires: Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.
- Clinton, B. (23 de mayo de 2022). Joe Biden. *Time*. Disponible en: https://time.com/collection/100-most-influential-people-2022/6177676/joe-biden-leaders/?utm_source=twitter&utm_medium=social&utm_campaign=time100&utm_term=&linkId=166278183
- de Sousa Santos, B. (10 de marzo de 2022). Claves de una catástrofe anunciada. El lamentable papel de Europa en la guerra Rusia-Ucrania y las lágrimas que desató. *Página 12*. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/406933-el-lamentable-papel-de-europa-en-la-guerra-rusia-ucrania-y-l>
- Friedman, T. (22 de febrero de 2022). Esta es la guerra de Putin, pero Estados Unidos y la OTAN no son enteramente inocentes. *La Nación*. Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/el-mundo/esta-es-la-guerra-de-putin-pero-estados-unidos-y-la-otan-no-son-enteramente-inocentes-nid22022022/>
- García Ruiz, C. (5 de marzo de 2022). La invasión de Ucrania y la (in)utilidad del Derecho Internacional. *The Conversation*. Disponible en: <https://theconversation.com/la-invasion-de-ucrania-y-la-in-utilidad-del-derecho-internacional-178387>
- Gevorgian, K. (2022). *Declaration of Vice-President Kirill Gevorgian* [Declaración]. Corte Internacional de Justicia. Disponible en: <https://www.icj-cij.org/public/files/case-related/182/182-20220316-ORD-01-01-EN.pdf>
- Gresh, A. (2022). El Sur rechaza el doble discurso occidental. *Le Monde diplomatique*, 275.
- Hutschenreuter, A. (22 de mayo de 2022). De Bismarck a Scholz: la compleja realidad alemana frente a Rusia. *Infobae*. Disponible en: https://www.infobae.com/opinion/2022/05/22/de-bismarck-a-scholz-la-compleja-realidad-alemana-frente-a-rusia/?utm_medium=Social&utm_source=Twitter#Echobox=1653250723-1
- Kagan, R. (2022). The Price of Hegemony: Can America Learn to Use Its Power? *Foreign Affairs*. Vol. 10, Núm. 101.
- Kennan, G. (1990a). *Las fuentes de la conducta soviéticas y otros escritos*. GEL.
- Kennan, G. (1990b). America and the Russian future. *Foreign Affairs*. 69 (2): 157-166.
- Marin, C. (2022). La ampliación sin límites de la OTAN. *Le Monde Diplomatique*.
- Mearsheimer, J. (junio de 2015). *Un common core: The causes and consequences of the Ukraine Crisis* [Conferencia]. Universidad de Chicago. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=JrMiSQAGOS4&tab_channel=TheUniversityofChicago
- Merino, G. (28 de marzo de 2022). El conflicto de Ucrania en mapas. *Pia Global*. Disponible en: <https://noticiaspia.com/el-conflicto-de-ucrania-en-mapas/>
- NATO (3 de abril de 2008). *Bucharest Summit Declaration* [Comunicado de prensa]. Disponible en: https://www.nato.int/cps/en/natolive/official_texts_8443.htm
- Nye, J. (3 de mayo de 2022). El poder suave después de Ucrania. *Project Syndicate*. Disponible en: <https://www.project-syndicate.org/commentary/soft-power-after-russia-war-in-ukraine-by-joseph-s-nye-2022-05?barrier=accesspaylog>
- Owen, T. (16 de octubre de 2019). House Democrats Just Demanded These Neo-Nazi Groups Be Prosecuted as International Terrorists. *Vice News*. Disponible en: <https://www.vice.com/en/article/59nqmj/house-democrats-just-demanded-these-neo-nazi-groups-be-prosecuted-as-international-terrorists>
- Pettinà, V. (2022). La invasión de Ucrania desde una mirada poscolonial. *Nueva Sociedad*. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/ucrania-rusia-putin/>

- Ponikelska, L., Tadeo, M. y Valero, J. (2022). Europe's Move Against Putin's Oil May Be Its Last for a While. *Bloomberg*. Disponible en: <https://www.bloomberg.com/news/articles/2022-05-31/europe-s-move-against-putin-s-oil-may-be-its-last-for-a-while>
- Ramonet, I. (2022). Un conflicto global. *Le Monde diplomatique*.
- RAND Corporation (2019). *Overextending and Unbalancing Russia: Assessing the Impacts of Cost Cost-Imposing Options* [Documento de trabajo]. Disponible en: https://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/research_briefs/RB10000/RB10014/RAND_RB10014.pdf
- Reggiani, H. (2022). Cuando Alemania se oponía al avance de la OTAN hacia el este. *Le Monde Diplomatique*.
- Roussinos, A. (2022). La verdad sobre la extrema derecha ucraniana. *Nueva Sociedad*. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/Rusia-Ucrania-guerra/>
- Ruiz Jiménez, J. (15 de abril de 2022). La guerra es completamente contraria al derecho internacional. *Deutsche Welle*. Disponible en: <https://www.dw.com/es/la-guerra-es-completamente-contraria-al-derecho-internacional/a-61468650>
- Tooze, A. (8 de marzo de 2022). John Mearsheimer and the dark origins of realism. *The New Statesman*. en: <https://www.newstatesman.com/ideas/2022/03/john-mearsheimer-and-the-dark-origins-of-realism>
- Xue, H. (2022). *Declaration of Judge Xue* [Declaración]. Corte Internacional de Justicia. Disponible en: <https://www.icj-cij.org/public/files/case-related/182/182-20220316-ORD-01-03-EN.pdf>